

La Devoción a la Divina Misericordia y la Infancia Espiritual

P. Dr. Pablo Rossi, IVE

LA CONFIANZA

Según las revelaciones hechas por el mismo Cristo a Santa Faustina, la confianza es el elemento constitutivo de la Devoción a la Divina Misericordia¹. Así lo sostiene, por ejemplo, Marcin Kazmierczak: «La primera y la más importante condición y exigencia vinculada con este culto es la confianza en Dios. En ella consiste la esencia de la devoción» (Kazmierczak, 15).

Son innumerables las veces que en los diálogos con Santa Faustina Jesús nos exige tener confianza en su Divina Misericordia:

«Las gracias de mi Misericordia se toman con un solo recipiente y éste es la confianza. Cuanto más confíe un alma, tanto más recibirá» (D. 1578).

Sin embargo, es necesario evitar el error de pensar que esta confianza sea tal, que lleve a un permisivismo; como si se dijese: «no nos preocupemos, pequemos, total Dios nos va a perdonar igual».

Para evitar este error nos parece muy oportuno relacionar esta confianza pedida por Jesús a Santa Faustina con la virtud teológica de la esperanza.

Santo Tomás pone como pecados contra la esperanza la desesperación y la presunción (Cfr. S.Th. II-II, qq. 20-21).

¹ Para escribir estas simples líneas seguimos a MARCIN KAZMIERCZAK, “El culto de la Divina Misericordia en el mensaje de Sor Faustina Kowalska”, *e-aquinas*, 1/3 (2003), 12-25, y a SOR MA. ELZBIETA SIEPAK, “Introducción”, en SANTA MARIA FAUSTINA KOWALSKA, *Diario*, Editorial de los Padres Marianos, Massachussets (2001).

La presunción, según el Santo Doctor, puede consistir en confiar erróneamente en las propias fuerzas, por lo cual no se espera entonces la ayuda de Dios; o puede consistir en una *intemperancia*, al esperar la misericordia sin la penitencia, o el perdón y la gloria sin los méritos. (Cfr. S.Th. II-II, q. 21, a. 1). Esta presunción es un pecado contra el Espíritu Santo.

Continúa diciendo Santo Tomás en el mismo artículo, que la segunda presunción es pecado más grave que la primera, porque atenta directamente contra Dios pues implica un «apoyarse en el poder de Dios para conseguir lo que no le compete a Él» (ad. 2). En esta presunción, que espera perdón sin penitencia o arrepentimiento, está escondido el deseo desordenado por las cosas (Cfr. ad. 3).

En realidad, la verdadera esperanza consiste en esperar que Dios perdone al penitente, no al impenitente; aunque incluye también la esperanza de llevarme a la perfección de la penitencia cuando tal vez la tengo todavía de modo incipiente. De todos modos, la verdadera esperanza debe estar acompañada, sí o sí, del rechazo sincero y eficaz (no veleidoso como un mero «querría») del pecado.

EXIGENCIAS DE LA DEVOCIÓN A LA DIVINA MISERICORDIA

La necesidad de no confundir la confianza con un permisivismo queda de manifiesto en dos elementos de esta devoción: las exigencias que impone (1) y el amor a la cruz que despierta (2); amor que lleva a unirse a Cristo crucificado.

Traigamos a consideración algunos textos del Diario en donde se ve que si bien la confianza es esencial, se trata de una devoción exigente:

«Esta imagen ha de recordar las exigencias de Mi misericordia, porque la fe sin obras, por fuerte que sea, es inútil». (D. 742)

LA DEVOCIÓN A LA DIVINA MISERICORDIA...

«No encontrará alma ninguna la justificación hasta que no se dirija con confianza a Mi misericordia...» (D. 570).

«Las almas mueren a pesar de Mi amarga Pasión. Les ofrezco la última tabla de salvación, es decir, la Fiesta de Mi Misericordia. Si no adoran Mi misericordia morirán para siempre» (D. 965).

AMOR A LA CRUZ QUE SE SIGUE NECESARIAMENTE DE ESTA DEVOCIÓN

Hemos dicho que no se puede confundir esta devoción con un permisivismo porque es una devoción exigente y porque lleva a unirse con Cristo crucificado.

Amar verdaderamente la Misericordia implica ver la Cruz como fuente de la Misericordia. La Cruz es el instrumento gracias al cual Jesús puede «aplicar» su Divina Misericordia en nosotros.

Del mismo modo como el médico puede obrar el bien en el paciente gracias a su estudio y su ciencia; y el paciente ama no solo al médico, sino también la ciencia y estudio que éste posee, porque gracias a ellos el médico de hecho lo cura; del mismo modo, el que ama la Divina Misericordia ama la Cruz, porque la Cruz es el instrumento de la Misericordia Divina; y esto es así porque la Misericordia de Dios debe respetar su Justicia, y Jesús paga nuestros pecados en la Cruz:

«En la cruz, la Fuente de Mi Misericordia fue abierta de par en par por la lanza para todas las almas, no he excluido a ninguna» (D. 1182).

Veamos ahora cada uno de los elementos de esta devoción para notar cómo siempre está la referencia a la Cruz.

1. La Fiesta de la Divina Misericordia

«Deseo que haya una Fiesta de la Misericordia. Quiero que esta imagen que pintarás con el pincel sea bendecida con solemnidad el primer domingo» (D. 49).

Jesús hace referencia al primero domingo después de la Pascua, es decir, al segundo domingo del tiempo pascual. El mismo Cristo pide que en esa fecha se celebre la fiesta de la Divina Misericordia.

Pero lo que queremos hacer notar es que esta fiesta «tiene como objetivo destacar la estrecha conexión que guarda el culto a la Divina Misericordia con la pasión y la resurrección del Hijo de Dios» (Kazmierczak, 15).

La Divina Misericordia es el fruto de la Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo; es por eso que después de la Semana Santa y el Domingo de Pascua, se celebra, al domingo siguiente, la Fiesta de la Divina Misericordia.

“El contenido de la imagen se relaciona, pues, muy estrechamente con la liturgia de ese domingo segundo de Pascua. Ese día la Iglesia lee el Evangelio según San Juan sobre la aparición de Cristo resucitado en el Cenáculo y la institución del sacramento de la penitencia (Jn 20,19-29)» (Siepak, 8).

En el segundo domingo de pascua se recuerda que la confesión, es decir, el perdón de los pecados, es el fruto de la muerte y resurrección de Cristo. Esa liturgia se refuerza con la celebración de la fiesta de la Divina Misericordia.

2. La veneración de la imagen de Jesús Misericordioso

«Al anochecer, estando en mi celda vi al Señor Jesús vestido con una túnica blanca. Tenía una mano levantada para bendecir y con la otra tocaba la túnica blanca sobre el pecho. Del pecho, por la abertura de la túnica, salían dos grandes rayos (...) uno rojo y otro pálido (...). Después de un instante me

LA DEVOCIÓN A LA DIVINA MISERICORDIA...

dijo Jesús: Pinta una imagen según el modelo que ves, con la inscripción abajo: Jesús en Vos confío» (D. 47).

La imagen está íntimamente vinculada con la Pasión: «El rayo pálido simboliza el Agua que justifica a las almas. El rayo rojo simboliza la Sangre que es la vida de las almas (...). Bienaventurado quien viva a la sombra de ellos» (D. 299).

«Ambos rayos significan los sacramentos y todas las gracias del Espíritu Santo. (...) La imagen presenta al Salvador resucitado que trae la paz a la humanidad por medio del perdón de los pecados, a precio de su Pasión y muerte en la cruz» (Siepak, 8).

3. El rosario de la Divina Misericordia

«Esta oración es para aplacar Mi ira, la rezarás (...) con un rosario común, de modo siguiente: primero rezarás una vez el Padre nuestro y el Ave María y el Credo, después, en las cuentas correspondientes al Padre nuestro, dirás las siguientes palabras: Padre Eterno, Te ofrezco el Cuerpo y la Sangre, el Alma y la Divinidad de Tu Amadísimo Hijo, nuestro Señor Jesucristo, como propiciación de nuestros pecados y los del mundo entero; en las cuentas del Ave María, dirás las siguientes palabras: Por su dolorosa Pasión, ten misericordia de nosotros y del mundo entero. Para terminar, dirás tres veces estas palabras: Santo Dios, Santo Fuerte, Santo Inmortal, ten piedad de nosotros y del mundo entero» (D. 476).

Las palabras que Jesús pide que pronunciemos en este rosario manifiesta de modo absoluto que su Misericordia se funda en su Pasión. ¿Cómo amar verdaderamente la Misericordia sin querer unirse a la Pasión de Jesús?

4. La Hora de la Divina Misericordia

«Cuantas veces oigas el reloj dando las tres, sumérgete en Mi misericordia, adorándola y glorificándola; suplica su omnipotencia para el mundo entero y, especialmente, para los pobres pecadores, ya que en ese momento, se abrió de par en par para cada alma» (D. 1572).

«En esta hora procura rezar el vía crucis, en cuanto te lo permitan los deberes; y si no puedes rezar el vía crucis, por lo menos entra un momento en la capilla y adora en el Santísimo Sacramento a mi Corazón que está lleno de misericordia. Si no puedes entrar en la capilla sumérgete en oración allí donde estés, aunque sea por un brevísimo instante» (D. 1572).

«Esta forma de devoción expresa una invitación que Jesucristo dirige a las personas que quieren aprender a amarlo, para acompañarle en la angustia y el sufrimiento de su pasión» (Kazmierczak, 11).

«Dios Hijo ... se muestra necesitado de la compañía de los que quieran ser sus amigos. De la misma forma que pidió a los más próximos de sus apóstoles, Juan, Santiago y Pedro, que lo acompañaran en la angustiosa hora de la espera de su captura en el Huerto de los Olivos, a través de la Hora de la Divina Misericordia nos vuelve a pedir que lo acompañemos en la hora de su muerte» (Kazmierczak, 22).

«De esta manera, nos invita a entrar con Él en la esencia misma del misterio de la Divina Misericordia y de la redención» (Kazmierczak, 22).

LA DEVOCIÓN A LA DIVINA MISERICORDIA...

LA DEVOCIÓN A LA DIVINA MISERICORDIA Y LA INFANCIA ESPIRITUAL DE SANTA TERESITA

Hemos visto entonces que el constitutivo de esta devoción es la confianza en la Divina Misericordia. Pero no hay que interpretar esta confianza como un permisivismo, pues se trata de una devoción exigente que pide por su naturaleza unirse a la pasión de Cristo.

¿Cómo interpretar bien esta confianza?

Se trata de una confianza que no consiste en pensar que la Divina Misericordia me va a perdonar por más que yo me mantenga lejos de ella. Por el contrario, se trata de una confianza que consiste en poner nuestra vida en sus manos.

Nosotros, por nuestra parte, proponemos iluminar la naturaleza de esta confianza en la Divina Misericordia relacionándola con la doctrina de la Infancia Espiritual de Santa Teresita.

Entre todos los textos teresianos que pueden resumir la doctrina de la Infancia Espiritual hemos elegido el siguiente:

«Comprended que, para amar a Jesús, para ser se víctima de amor, cuanto más débil se es, sin deseos ni virtudes, tanto más cerca se está de las operaciones de este amor consumidor y trasformante. El solo deseo de ser víctima basta, pero es necesario consentir en permanecer siempre pobre y sin fuerza, y he ahí lo difícil, porque ¿dónde encontrar al verdadero pobre de espíritu?» (Santa Teresita, *Carta*).

En la doctrina de la Infancia Espiritual podemos destacar entonces los siguientes elementos:

a) Consiste en un querer permanecer siempre pequeño, lo cual exige una cierta negación de sí: «es necesario consentir en permanecer

siempre pobre y sin fuerza»; «sin deseos ni virtudes»; «¿dónde encontrar al verdadero pobre de espíritu?»².

b) Implica un donarse a sí mismo para la salvación de todos los hombres por amor a Cristo: «para ser su víctima de amor».

c) La finalidad es una unión elevante y transformante con Dios: «amor consumidor y transformante».

Se puede decir que estos son los elementos esenciales de la Infancia Espiritual; entre los cuales el más característico es el primero: el permanecer siempre pequeño; aunque con deseo de ser víctima para poder ser transformado por Dios y ser así instrumento de salvación³.

El paralelo con la devoción a la Divina Misericordia es total.

1) El permanecer siempre pequeño en la doctrina de la Infancia Espiritual es en la devoción a la Divina Misericordia el reconocerse pecador, necesitado de la Misericordia Divina. El ser pequeño, sin fuerzas, es llevado al plano netamente moral: «soy un pecador que sin la ayuda de Dios no puedo vencer el pecado».

² Este permanecer siempre pequeña no hay que interpretarlo de modo “pietista” o “quietista”. Se trata de todo un esfuerzo que debe hacer el alma para no dejarse llevar por sus propias ocurrencias o gustos, sino someterse totalmente a la voluntad de Dios. Implica evidentemente todo un camino penitencial que respeta el proceso tradicional de la vía purgativa, iluminativa y unitiva.

³ La vida espiritual avanza según un proceso que podríamos llamar dialéctico. Este «olvido de sí» necesario para llegar a la perfección de la vida espiritual debe suponer y resolver en él todo el deseo de sacrificarse por amor a Dios, salvación de las almas y remedio de nuestros pecados. No se trata del “olvido de sí” que podría tener el depresivo, o el inoperante que espera que Dios haga todo sin que el haga ningún esfuerzo. Por el contrario, suponiendo el amor a Dios y al prójimo y el deseo de pagar los propios pecados, es el olvido de sí que implica hacerlo todo *exclusivamente* por amor a Dios y confiando *solo* en el poder de su Gracia, esperando de uno solamente el secundar (con todo el dolor y esfuerzo que sea necesario) la Gracia de Dios con la ayuda de la misma Gracia.

LA DEVOCIÓN A LA DIVINA MISERICORDIA...

La doctrina de la Devoción a la Divina Misericordia, que más de Santa Faustina es del mismo Cristo que se la revela, es absolutamente la misma a la doctrina de la Infancia Espiritual con la diferencia que explicita más fuertemente dos cosas: que yo que no soy nada porque estoy lleno de pecados, y que necesito de la misericordia de Dios para ser perdonado. Es verdad que Santa Teresita también lo hace, al decir que ella es más pecadora que María Magdalena y que simplemente fue perdonada en previsión; pero es indudable que el Diario de Santa Faustina explicita más nuestra naturaleza pecadora. Debemos tener en cuenta que es una doctrina revelada explícitamente por Jesús para ser divulgada y practicada por todo el mundo.

Del mismo modo que no hay que entender el «olvido de sí» como un «echarse al abandono», tampoco hay que pensar que este confiar en la misericordia no implica un esfuerzo personal. Transcribimos esta larga cita del Diario que creemos ilustra perfectamente esto que queremos transmitir:

«Procuré hacer la Hora Santa, pero la empecé con gran dificultad. Algún anhelo comenzó a desgarrar mi corazón. Mi mente quedó ofuscada de manera que no lograba entender las formas simples de las plegarias. Y así pasó una hora de oración o más bien de lucha. Decidí orar otra hora, pero los sufrimientos interiores aumentaron. Una gran (120) aridez y un gran disgusto. Decidí orar durante la tercera hora. En esa tercera hora de plegaria que decidí hacer arrodillada sin ningún apoyo, mi cuerpo empezó a reclamar un descanso. Sin embargo, yo no cedí nada. Extendí las manos en forma de cruz y sin pronunciar una palabra, seguí así con un acto de voluntad. Un momento después me quité el anillo del dedo y pedí a Jesús que mirara ese anillo que es el símbolo de nuestra unión eterna y ofrecí al Señor Jesús los sentimientos del día de los votos perpetuos. Un momento después sentí que una ola de amor empezaba a inundar mi corazón» (D. 268). Evidentemente no se trata de una doctrina «quietista».

2) El deseo de salvar almas es absolutamente común a ambas doctrinas.

DIÁLOGO 70

Santa Teresita habla de ser «víctima de amor». También dice querer ser el Amor, el Corazón, en el Cuerpo Místico, porque desea misionar en todas partes y en todos los tiempos y sufrir al mismo tiempo todos los géneros de martirio. Recordemos que la pequeña carmelita es la patrona universal de las misiones.

El deseo de salvación de las almas es también un elemento esencial en la devoción a la Divina Misericordia:

«Debes mostrar misericordia al prójimo siempre y en todas partes. No puedes dejar de hacerlo, ni excusarte, ni justificarte» (D. 742).

«Te doy tres formas de ejercer misericordia al prójimo: la primera: la acción, la segunda: la palabra, la tercera: la oración (...). De este modo el alma alaba y adora Mi misericordia» (D. 742). Se ve claramente cómo el modo de alabar la Misericordia de Dios es practicarla con el prójimo.

3) Finalmente, la unión transformarte de la Infancia Espiritual es en esta devoción el perdón de los pecados; un perdón por el cual la Divina Misericordia nos recibe en su seno:

«Cuando el alma ha sido purificada y el Señor está en relación de intimidad con ella, ahora se concentra toda la fuerza del alma en tender hacia Dios. Pero ella de por sí no puede nada. Aquí solamente Dios arregla todo, el alma lo sabe y está consciente de ello» (D. 120).

En definitiva, así como Dios le pide a Santa Teresita que se mantenga siempre pequeña, humilde y dócil al obrar de Dios para que Él puede transformarla; así se lo pide a Santa Faustina:

«Soy para ti la Misericordia misma, por lo tanto, te pido que me ofrezcas tu miseria y esta impotencia tuya, y con esto alegrarás mi corazón» (D. 1775).

★ ★ ★

LA DEVOCIÓN A LA DIVINA MISERICORDIA...

El presente escrito tiene como objetivo entusiasmar en la práctica de esta devoción mostrando su verdadera naturaleza.

Resaltamos para concluir que se trata de una doctrina que tiene su fundamento neotestamentario; sea en lo que se refiere al poder de la Divina Misericordia y al deseo que Ella tiene de perdonar (recordemos que es tal vez el motivo principal de discusión entre Jesús y los fariseos); sea en lo que se refiere a la necesidad de reconocerse pecador para ser objeto de la Divina Misericordia (recordemos la escena del Buen Ladrón en su comparación con el malo, o la parábola del fariseo y el publicano en el templo).

La doctrina de la devoción a la Divina Misericordia y de la Infancia Espiritual, es decir, la doctrina de reconocerse necesitado y confiado de la Divina Misericordia, nos la resume San Pablo con estas palabras:

«Pero Jesús me dijo: “Mi gracia te basta, que mi fuerza se muestra perfectamente en la flaqueza”. Por tanto, con sumo gusto seguiré gloriándome sobre todo en mis flaquezas, para que habite en mí la fuerza de Cristo. Por eso me complazco en mis flaquezas, en las injurias, en las necesidades, en las persecuciones y las angustias sufridas por Cristo; pues, cuando soy débil, entonces es cuando soy fuerte» (2 Cor 12, 9-10).